

error y el cisma ciñe la aureola de defensora invicta de la verdad y de la Iglesia.

¡Llenaste tu misión, heroína invencible! Tu vida corta para el mundo, está colmada de méritos para el cielo. Abandona, pues, esta tierra de quebranto, y vuela cual cándida paloma á ornar tus sienes con la duplicada corona que has reportado en los duros combates en que te empeñó el supremo remunerador. El esposo castísimo de tu corazón te llama desde la cumbre de la celestial Sion; millares de vírgenes purísimas le siguen en pos cargadas de verdes laureles destinados á solemnizar tus triunfos. Lánzate al seno amoroso de aquel Jesús cuya imagen llevas impresa en tu alma y en tu cuerpo virginal.

Así es, católicos oyentes, Catalina en la edad de treinta y tres años, pasa de esta vida á la eterna despues de haber edificado al mundo con sus virtudes, ilustrádole con su doctrina, y dejado en pos de sí una numerosa posteridad de hijas engendradas en Jesucristo, que en sucesivas generaciones vienen honrando la tercera orden del gran patriarca santo Domingo, émulas de la perfeccion de su ilustre madre.

Loor eterno á tí ¡oh Dios de las vírgenes! Bendicion sin fin á tí que con magnificencia tanta ostentas el poder de tu gracia en unos vasos débiles. No te olvides Señor de los que reunidos hoy en tu santo templo venimos á celebrar la grata memoria de tu amada esposa Catalina. Como ella tenemos que luchar contra el mundo, contra el infierno y contra nosotros mismos; y aun mas de una vez se nos ofrecerán combates que sostener contra el error y el cisma, que desgraciadamente amenazan con frecuencia á la iglesia nuestra madre. Fortalecednos, pues, con vuestros divinos auxilios para que triunfando á ejemplo de vuestra ilustre virgen de toda clase de enemigos, merezcamos como ella recibir la corona inmortal en la eterna bienaventuranza de la gloria.

SERMON ⁽¹⁾

DE LA BEATA CATALINA TOMAS.

(DE BORDOY.)

Cujus memoria in benedictione est.

Su memoria se conserva en bendición.

Eccli., c. 45. v. 1.

Si el simple recuerdo de los héroes profanos de la antigüedad excita en algunos hombres sentimientos de placer y admiracion, dejándose arrebatado de las imágenes brillantes que á cada paso en su historia se ofrecen, ¿cuáles deberá causar en el corazón del cristiano la maravillosa y continuada serie de sucesos, que unos en pos de otros se suceden en los héroes del cristianismo? El corazón del hombre, naturalmente sensible á los rasgos de beneficencia que en favor de la humanidad se dispensan, no puede dejar de conservar una grata memoria de los que ocupados únicamente en el servicio del Altísimo, derramaron ante su divina Majestad ardientes y fervorosos votos por su prosperidad, y le dejaron memorables ejemplos de virtud que imitar. Y si registramos el grande libro, en donde se conservan escritos con mano indeleble los caracteres que distinguian á unos héroes de los otros, luego distinguiremos cuáles son los acreedores de nuestras alabanzas, y cuyos nombres deban ser bendecidos de generacion en generacion hasta la mas remota posteridad. Olvidemos enteramente á los Alejandro y á los Césares, quienes mas propiamente pueden llamarse azotes de la humanidad afligida, que no númenes tutelares de la inocencia y de la paz. Monstruos fueron, que el cielo en su cólera vomitó contra la tierra. En triunfo corrian delante de ellos la espada, la desolacion, y la muerte. Reinos enteros devastados, ciudades opulentas destruídas, fértiles campos talados, perseguida

(1) El lector ha de tener presente que este sermón fué compuesto y predicado en Palma de Mallorca, á cuya isla se hace alusion en algunos párrafos.

impunemente la inocencia, hollada con descaro la justicia, y la virtud menospreciada; ved aquí el cuadro horroroso que presentan á nuestra consideracion estos héroes decantados, y cuyos nombres pronuncian con cierta veneracion esos insensatos que no saben juzgar ni del mérito, ni de la virtud. Esos grandes montones hacinados de cuerpos muertos, víctimas sacrificadas á su ambicion, son unos monumentos nada equívocos de su furor y venganza; ó por decir mejor, son un padron eterno de su infamia y de su barbarie.

Borremos pues, señores, del número de los grandes hombres á esos infames conquistadores del universo. Sus nombres sean para nosotros nombres de infamia y horror, y nuestras bocas no los pronuncien sino acompañados del odio y la execracion. El Dios de las venganzas pronunció sobre ellos su oráculo; y despues de haberlos comparado á los altos y pomposos cedros del Líbano, que aplicada sobre ellos la hacha ó la segur, pierden aquel vigor y lozanía que arrebatában la atencion del viajero, y se confunden entre la polilla y el polvo, los envuelve con los demas impíos en el castigo horroroso de fuego y azufre que va á derramar sobre sus cabezas; y asegurando por su Profeta que su memoria ha sido un sonido que pasó con ellos, dice tambien que los vivos y los muertos, los padres y los hijos, los nietos y bisnietos, y los que de estos nacieren, maldecirán eternamente sus nombres. ¡Gran Dios! así manifestais á los hombres vuestra santidad y justicia, y les dais una lección evidente de que, no la memoria de los impíos, sino de los que os sirven y os aman debe conservarse en bendicion, y ser en gran manera engrandecida con loores y alabanzas.

Pero ¡qué lenguaje tan diferente debe usar el orador cristiano, cuando recorriendo los anales de la Iglesia, se le ofrecen aquellos verdaderos aradores del Eterno, que separados del tumultuoso mar de Babilonia, levantan sus manos puras al cielo, dirigen sus votos por la salud del universo y rinden al Cordero, que está sentado sobre todos los tronos, los mas sinceros homenajes de su corazon! Entónces las expresiones mas lisonjeras de gratitud y amor suceden á los apodos y dicterios con que cargamos á los verdugos de la humanidad. Nuestra memoria recreada continuamente con las miras benéficas que los animaban, y con los puros sentimientos de paz y tranquilidad que manifestaban, recorre sin cesar las personas y los lu-

gares que fueron el majestuoso y sublime teatro de sus heroicas acciones. ¡Venid, ó impíos, y avergonzaos! no veréis ni aprenderéis de ellos vuestra desenfrenada incontinencia, pues ellos son castos: vuestra desenvoltura y libertinaje, pues ellos son religiosos: vuestros robos y vejaciones, pues ellos son justos: vuestros proyectos de elevacion y grandeza, pues ellos son humildes: vuestros disturbios y discordias, pues ellos son pacíficos: vuestros odios y venganzas, pues ellos son caritativos: finalmente, veréis en ellos confundida para siempre esa vida estragada y viciosa que llevais con las costumbres las mas inocentes, con los modales los mas sencillos, y con la moral la mas pura.

Títulos eternos de agradecimiento conservan todos los pueblos y naciones á esos héroes del cristianismo. Y cuando no fuera el máximo de los beneficios haberles anunciado la palabra del Señor, y enarbolado sobre sus murallas el estandarte de la cruz, tantos hospitales que fundaron para el alivio del desgraciado; tantas casas de misericordia que instituyeron, asilos seguros del miserable; tantos seminarios que levantaron para la enseñanza de la juventud; tantos templos que erigieron, en donde se adora con dignidad al Eterno; y despues de todo esto, campos áridos que fertilizaron; ciudades invadidas del enemigo que defendieron; incendios voraces que apagaron; inundaciones repentinas que contuvieron; discordias sangrientas que apaciguaron; pestes malignas que cortaron; en una palabra, beneficios temporales, beneficios de gracia, que alcanzaron; estos son los obeliscos y las pirámides que se conservan de su carácter benéfico y bondadoso, y que obligaron á los pueblos y naciones á bendecir los dias de su nacimiento, á adornar con rosas y perfumes los lugares de sus sepulcros, y á engrandecer sus nombres con cánticos de loor y alabanza. Vuestra es la gloria y el honor, Dios mio, que así engrandeceis á vuestros siervos; que despues de haberlos abatido y humillado, los ensalzais hasta el colmo de la grandeza.

¡Felices nosotros, oyentes míos, que por un efecto de la singular predilección con que siempre nos ha mirado y favorecido como á su escogido pueblo el gran Padre de las misericordias, tenemos la gran felicidad de registrar en los anales de nuestra historia un sinnúmero de hijos, vástagos preciosos de nuestros mayores, que con sus heroicos ejemplos han fertilizado y ale-

grado nuestro suelo, y que han formado despues la corona que ceñimos de gloria y honor! No hemos sido un pueblo oscuro y sepultado en el olvido de los otros pueblos; sí que los campeones que han brillado en nuestro hemisferio nos han colocado en la clase de los pueblos ilustres, y nos han merecido la estimacion y respeto de los extranjeros, mirando á nuestra patria como el suelo de la fertilidad y la abundancia, como á la region de la paz y la tranquilidad, y como al país nativo de la honestidad y de la virtud. ¡O siglos para nosotros verdaderamente de oro, en que se dejaron ver los Raimundos, los Catañys, los Abrinas, los Nets, las Paxs, las Andreus, y otros héroes y heroínas innumerables, frutos preciosos de aquella gloriosa y frondosa palma, singular distintivo de nuestra isla, y que con sus ramas nos ha cubierto de gloria y honor.

Pero tú sola, ó grande y extraordinaria Catalina, descuellas entre los demas, como el olimpo entre los montes mas elevados, por los singulares dones que con mano larga derramó sobre tu espíritu la derecha del Excelso; y tú sola has dejado en pos de tí un olor tan suave de tus virtudes, que has sido siempre las delicias de mis paisanos, y que en la realidad puedes llamar, como la valerosa Judit, la gloria de Jerusalem, y la honorificencia de nuestro pueblo. Bendigamos, ó padres de la patria, su memoria, y reunidos en este templo al rededor de su sepulcro glorioso, recordemos las brillanteces de su inocencia, el candor en su infancia, y los memorables ejemplos de virtud en los demas períodos de su carrera; las terribles luchas con el enemigo del género humano, los extraordinarios favores del Excelso; y en fin recordemos los ardientes y fervorosos votos que Catalina dirigía al Todopoderoso por la felicidad y prosperidad del rey y por la gloria de la Iglesia, que la hicieron por cierto en gran manera benemérita de la patria y de la Religion. Todo es grande y asombroso en Catalina: sus mas pequeñas acciones interesan, sus modales encantan, su virtud admira, y su glorioso fin nos llena de regocijo y confianza.

Vos, ó gran Dios, que tan sensiblemente os empeñasteis en formar de Catalina una de aquellas obras maravillosas capaces de hacer época en los anales de los tiempos, y que reunisteis en ella lo mas precioso y exquisito de vuestros tesoros, haced que mi elogio corresponda á la dignidad de vuestra sierva; ó á lo ménos, quedeis vos por este medio en alguna manera glori-

ficado y bendecido. Para esto, Señor, os pongo por intercesora á vuestra querida madre, á quien saludaremos con las palabras del ángel. *Ave María.*

Epocas memorables lee la Iglesia en los anales de su historia. Escenas terribles que ha presenciado, combates fieros que ha sostenido, persecuciones sangrientas que ha padecido; y en fin ha visto al mundo entero asestar sus tiros contra ella para ahogarla ya en su nacimiento, ó para ofuscar la gloria y los resplandores que por todas partes la rodeaban. Esfuerzos débiles é inútiles del enemigo, que atizando el fuego de la discordia y de la malicia, ha hecho ver los soberanos quilates de esta hermosa reina del Austro, y que ha puesto en claro el oráculo del Salvador, cuando juró solemnemente á san Pedro, que todo el poder del abismo nunca arruinaría este soberano edificio. San Juan en el Apocalipsis describe menudamente las terribles y varias pruebas á que la quiere sujetar el Altísimo, para purificarla y ensalzarla despues hasta el colmo de la grandeza, con las bellas metáforas de jinetes pálidos montados sobre caballos macilentos; bestias disformes con siete cabezas y diez cuernos; granizo y fuego mezclados con sangre; montes grandes ardiendo en fuego; estrellas caídas del cielo con las llaves del abismo: emblemas todos significativos del encono de los emperadores romanos, del furor de los arrianos, del encarnecimiento de los mahometanos, del odio implacable de los griegos, y del espíritu de destruccion y ruína de los jefes de la maligna reforma.

Pero san Juan que tan circunstanciadamente describe las tribulaciones y humillacion de la esposa del Cordero, ve tambien sentado á Jesucristo sobre su trono majestuoso y brillante, que manda imperiosamente á sus ángeles, fieles ejecutores de sus órdenes, derramen sobre sus enemigos las amargas copas que tienen en sus manos hasta apurarlas del todo, y con la espada de la venganza hagan menudos trozos de sus reinos, de sus familias y de sus heredades. Con todo, *justo sois, Señor, y santo, porque esto habeis juzgado; y habeis vindicado de esta manera la sangre de vuestros siervos.*

Pero si estos terribles castigos enviados contra los rebeldes é insultadores del nombre santo del Señor han llenado de gloria al Cordero, que con su sangre borró los pecados del mundo, no

ha sido ménos glorioso para él ver al rededor de su trono una multitud innumerable de sus fieles adoradores, que se levantan como astros brillantes de en medio del denso y negro humo de los contratiempos, manteniendo puro é intacto el depósito de la fe que se les habia confiado; y que postrados reverentemente ante su Majestad, le ofrecen los inciensos odoríferos de sus virtudes, y le dicen los cánticos nuevos de la celestial Jerusalem.

Este ha sido, ¡ó Iglesia santa! el precioso galardón que tu divino fundador te ha ceñido por tus sufrimientos y heroica constancia. Al traves de tantos abatimientos y oprobios, eres comparada á aquella extraordinaria mujer que describe el Evangelista, vestida del sol y de la luna, y coronada de brillantes estrellas; adorno y traje el mas rico y augusto que la naturaleza puede ofrecer. Amargos sin duda han sido tus pesares; pero la gloria que te rodea por todas partes es igual.

Ello es así, señores, que los pensamientos de Jesus sobre su Iglesia son pensamientos de bondad y amor, enriqueciéndola con los despojos de sus enemigos, y haciéndole gustar los dulces y sabrosos frutos de la cruz. Yo no hablo aquí de los triunfos y varones ilustres que en los primeros siglos del fervor del cristianismo hicieron su mas rica herencia, y que la colocaron sobre el monte santo, de donde difundia sus resplandores sobre toda la haz de la tierra. Catalina, ese prodigio de la gracia, ese serafín humanado, ese objeto de las complacencias de la Trinidad, es la que va á juntarse ahora al numeroso y resplandeciente coro de santos para dar gloria al Cordero, y gozo y honor á la Iglesia militante. Esta es la heroína del siglo XVI, en nada inferior ni á las Catalinas de Sena, ni á las Magdalenas de Pazis, ni á las Teresas de Jesus por sus virtudes excelentes, por sus combates fieros con el enemigo, y por los grandes y extraordinarios favores que logró de su esposo. Mi imaginación se confunde en las memorables épocas que ofrece á la consideración del orador la dichosa carrera de Catalina, y que la colocaron sobre el candelero del Templo santo, para ostensión y alarde del poder de Jesucristo, y para mengua é infamia eterna de sus enemigos.

Avivad vuestra imaginación, señores, y seguid sus gloriosos pasos desde la cuna hasta el sepulcro. ¿Se lee acaso en los anales de los santos infancia mas devota, retiro mas interior, cons-

tancia mas heroica, oración mas fervorosa, caridad mas encendida, obediencia mas pronta, castidad mas pura, humildad mas profunda, y contemplación mas elevada? ¡Tiempos felices, que vieron renacer en Catalina los prodigios infantiles que en Juan Bautista admiraron los habitantes de la Judea, y que fueron el dichoso preludio de sus grandes y extraordinarias virtudes! Despreciadora de las vanidades y encantos de este mundo falaz y engañoso; mortificadora de su tierno y delicado cuerpo sin haber experimentado aun la rebelión de las pasiones; amadora del retiro y la soledad; seguidora de los consejos evangélicos; ved á Catalina en su infancia una fiel y exacta copia del héroe de la Judea. El espíritu del Señor descansaba sobre su cabeza, y le hablaba á su corazón las dulces y amorosas palabras de bondad y amor con que en los Cantares se explicaba con su amante y querida esposa. Yo te he separado, ó tierna niña, le diría, del resto de los mortales: te he escogido para alarde y ostensión de mis riquezas, y te he destinado para víctima la mas pura que debe sacrificarse en las aras de la virtud. Oye mi voz, querida mía, y do quiera que te llame, corre apresurada á dar cumplimiento á los soberanos designios que desde la eternidad sobre tí tengo formados.

Lágrimas de ternura, ó padres de la patria, arrancan del corazón sensible los primeros pasos que da esta gloriosa niña en la honrosa senda de la virtud. Vosotros la veriais rehusar en la cuna en los viérnes de la semana la preciosa leche que mamaba de los pechos de su madre: la contemplaríais arrebatada en el templo, absorta en los grandes misterios de nuestra redención que sobre el altar se obraban: la admiraríais atenta á las importantes verdades que desde la cátedra del Espíritu santo se anunciaban: la divisaríais en su casa entregada, como la Magdalena á los piés de su hermana Marta, á los placeres y encantos de la contemplación: la seguiríais modesta y recatada en las plazas y en los caminos, como la antigua Ana en los de Jerusalem: en fin, veriais en ella el prospecto de la virtud, los modales de la inocencia, y el sello de la gracia. ¡Infancia gloriosa que nos recuerdas la de los Luises, Teresas de Jesus, Felipes Neris!

Sea dada á tí gloria inmortal, ó pueblo de Valdemuza, gloriosa cuna de nuestra santa, y hermoso teatro de sus brillantes acciones. Escribe en los fastos de tu gloria con letras de oro el